

## CAPITULO XCV.

Los monfies ó salteadores.—Conducta de las autoridades.—Estalla la rebelion morisca.—Los moriscos del Albaicin y los de la Alpujarra.—Aben-Farax.

CADA día iban aumentándose las partidas de *monfies* ó salteadores, denominación que recibieron los moriscos que huían á la montaña, sin que las fuerzas mandadas por los respectivos alcaldes que en su persecucion se lanzaran, fuesen suficientes, no ya para vencerles en sus breñales, pero ni aun para evitar que á cada momento recibiesen los sublevados nuevos refuerzos, puesto que las vejaciones que habian de sufrir los moriscos de las poblaciones llevaban á cada momento nuevos contingentes á las filas de los sublevados.

Los tres poderes, civil, eclesiástico y militar, obrando con un vigor inusitado en las poblaciones, consiguieron, como dice muy bien un historiador, «que llegasen á ser menos los moradores pacíficos de los pueblos, que los *monfies* ó salteadores que andaban por las montañas (1).»

Reunido en Granada el Concilio provincial, bajo la presidencia del arzobispo D. Pedro Guerrero, y ocupándose del medio de evitar el conflicto que cada día se veía mas inminente, y con mas amenazadoras proporciones, propuso al Monarca las medidas que juzgó mas oportunas para ello.

Este á su vez sometiólas á la decision del Consejo, del cual era presidente D. Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, y su acuerdo fue el de reproducir en toda su fuerza y vigor la pragmática de 1526, por la cual, para abreviar, se prohibía terminantemente todo cuanto era morisco y que pública y privadamente siguiesen los usos, costumbres, religion y educacion cristiana los recientes forzados conversos.

No aconsejaba la prudencia que semejantes medidas se ejecutasen á la vez y con rigida escrupulosidad, máxime en momentos en que una chispa bastaba para producir voraz hoguera; mas el Obispo presidente no lo juzgó así, y nombrando al presidente de la Audiencia de Granada, al inquisidor Deza y al capitán general don Iñigo Lopez de Mendoza para que cumplimentasen aquel acuerdo, partieron á Granada, y el inquisidor Deza hizo imprimir secretamente la pragmática, pregonándose simultáneamente en todo el reino el 1.º de enero de 1567, víspera del día en que se celebraba la fiesta de la toma del último baluarte del islamismo.

Desplegóse un aparato extraordinario para aquel pregon, en medio de la consternacion y la ira de aquel pueblo, cuyos ancianos pronosticaron la destruccion del reino á consecuencia de aquella pragmática.

Los moriscos de las Alpujarras enviaron inmediatamente comisionados á Granada á saber como habian tomado los del Albaicin tales disposiciones, y mientras mandaban, puestos ya de acuerdo, á Jorge de Baeza para que fuese á Madrid como procurador general á pedir al Monarca la revocacion de aquella pragmática, Francisco Nuñez Muley, respetable anciano, se presentaba al inquisidor Deza á hacerle presente todo lo arbitrario é imprudente de semejante decreto.

«Cuando los naturales de este reino, empezaba diciendo Nuñez, se convirtieron á la fe de Jesucristo, ninguna condicion hubo que los obligase á dejar el hábito, ni la lengua, ni las otras costumbres que tenían para regocijarse con sus fiestas, zambras y recreaciones,» y sigue hablando de todas las provisiones que en su contra se habian dado, provisiones opuestas por completo á las capitulaciones hechas con los Reyes Católicos al rendirse Granada.

«Nuestro hábito, dice, refiriéndose á la prohibicion del traje, cuanto á las mujeres no es de moros; es traje de provincia, como en Castilla y en otras partes se usa diferenciarse las gentes en tocados, en sayas y en calzados... Si la seta de Mahoma tuviera traje propio, en todas partes habia de ser uno; pero el hábito no hace el monje. Vemos venir los cristianos, clérigos y legos de Siria y de Egipto vestidos á la turquesca, hablan arábigo y turquesco, no saben latin ni romance, y con todo eso son cristianos.»

En otra parte decia: «¿Qué provecho puede venir á nadie de quitarnos nuestro hábito que, bien considerado, tenemos comprado por mucho número de ducados con que hemos servido en las necesidades de los reyes pasados?...»

«¿Cómo se ha de quitar á las gentes su lengua natural con que nacieron y se criaron?» decia refiriéndose á la prohibicion del lenguaje, añadiendo en otra parte:—«Considérese el primero mandamiento, y amando al prójimo, no quiera nadie para otro lo que no querría para sí (2).»

En la imposibilidad de insertar íntegro, cual fuera nuestro deseo, el notable discurso de Nuñez Muley, nos concretaremos á decir que con vigorosas y enérgicas razones demostró toda la inconveniencia, toda la imposibilidad material que habia para darle cumplimiento, sin que, á pesar de su elocuencia y de la justicia con que reclamaba, consiguiese obtener concesion alguna.

Por el contrario, prohibióse á Jorge de Baeza que fuese á Madrid á ver al Monarca, y ni aun el marqués de Mondéjar, que se hallaba en la corte, pudo obtener que se revocara ó atenuase al menos, el rigor de aquellas medidas.

El presidente Espinosa y el presidente de la Chancillería, Deza,

(1) Mendoza, *Guerras civiles de Granada*.  
(2) Este discurso lo inserta íntegro Mármol en su *Rebelion de los moriscos*, libro XI, cap. X.

como dice Lafuente, hicieron imposible toda modificacion en los capitulos, y bajo la fórmula de que aquella era la voluntad de su Majestad, ordenaba el primero al marqués de Mondéjar que se marchase inmediatamente á Granada donde su presencia habria de ser necesaria, y disponia el segundo que el último día de diciembre de 1567 las mujeres moriscas dejaran sus antiguos trajes, que se empadronasen todos los niños y niñas para asistir á las escuelas cristianas, y que todos los que de las sierras y valles comarcanos vinieran á refugiarse en Granada, salieran otra vez para sus antiguos lugares bajo pena de la vida.

Agotados todos los medios de conciliacion, y siendo estériles é inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para llegar á un acuerdo, los moriscos, comprendiendo que no tenían mas recurso que someterse ó luchar, preparáronse para la rebelion (1).

Teniendo en cuenta los poderosos medios de que podia disponer el rey de España, y la escasez de recursos en que se hallaban los moriscos para contrarrestarle fácilmente, puede concebirse á qué extremo llegaría su desesperacion para que se atreviesen á ponerse en armas, desafiando la cólera de Felipe II.

Pero ni los moriscos en su desesperacion tuvieron en cuenta la fuerza tan colosal que adquiere un pueblo exasperado, ni tampoco los consejeros del Monarca español lo sospecharon cuando los unos no se lanzaron desde los primeros momentos á la pelea, y cuando los otros dieron al marqués de Mondéjar por todo refuerzo para sujetar la sublevacion, que consideraban inminente, la exigua cantidad de trescientos hombres.

Puestos de acuerdo los moriscos de la montaña con los de la capital, Farax-Aben-Farax, hombre valiente y enérgico, del linaje de los Abencerrajes, y que por efecto de su tráfico, pues era tintorero, tenia muchas relaciones por todo el reino, tomó á su cargo la direccion del levantamiento, y con la ayuda de Fernando Muley de Valor, llamado el Zaguer, Diego Lopez, Aben-Abóo, Miguel de Rojas, Aben-Thoar y otros, acordó aprovecharse de las ceremonias religiosas á que habian de entregarse los cristianos el próximo Jueves santo, 14 de abril de 1568, para iniciar el movimiento.

No se hizo esto con tanto sigilo que no llegara á traslucirse alguna cosa, y no queriendo, sin duda, los del Albaicin aparecer como sospechosos, presentáronse los mas ricos al presidente de la Chancillería haciéndole protestas de su fidelidad.

A pesar de esto el presidente dió algunas órdenes de prision, desenterrando antiguos procesos, y los jefes del movimiento, advertidos ya, hicieron que aquel se suspendiera.

Sin embargo, la víspera de Pascua, el centinela que se hallaba durante la noche en la torre de la Alhambra, alarmado por el resplandor de los hachones que llevaban algunos soldados que caminaban por el cerro del Albaicin, creyendo que eran los moriscos, comenzó á tocar la campana á rebato, gritando desde la torre: «Cristianos, alerta, que esta noche vais á ser degollados.»

Esto produjo la consiguiente alarma, alborotóse la ciudad, tomaron las bocacalles del Albaicin, y toda la noche se pasó entre rondas y preparativos, hasta que llegada la mañana pudo descubrirse la verdad del caso.

En este día, que era el 17 de abril, llegó á la ciudad el marqués de Mondéjar, y este, cuyo carácter conciliador se destaca con mayor fuerza en medio de tantas intransigencias como venimos registrando, permitiéoles de nuevo á los moriscos que elevasen sus quejas al Monarca respecto á los agravios é injusticias de que estaban siendo víctimas.

Encargóse de esta comision D. Alonso de Granada Venegas, descendiente del príncipe Cid-Hiaya, de quien tuvimos ocasion de ocuparnos al hablar de los Reyes Católicos; pero lo mismo D. Alfonso que cuantos le precedieron en aquellos intentos, ni fue escuchado, ni atendido, remitiéndosele á la Audiencia de Granada, lo que equivalia á desvanecer toda esperanza de arreglo.

Decididos á obrar, los moriscos concertaron de nuevo un prouto y general alzamiento, para cuyo efecto, con el mayor sigilo, hicieron un empadronamiento para saber la gente con que podian contar para empuñar las armas.

Mientras tanto, los *monfies* proseguian sus correrías por la montaña capitaneados por Farax-Aben-Farax, llegando su atrevimiento al extremo de penetrar en Granada la noche del primer día de Pascua de Navidad en número de doscientos, y sorprendiendo la primera guardia, recorrieron en cuadrillas varias calles llamando á los moriscos del Albaicin para que se les reuniesen.

Mas como quiera que estos no estuviesen prevenidos para aquella noche, ni se atrevieron á intentar aventura alguna con tan escaso número, dijéronles: «Idos con Dios, hermanos, que sois pocos y venís sin tiempo.»

Irritado Aben-Farax, denostóles por su cobardía, y al ver que la ciudad se ponía en movimiento para castigar su atrevimiento, lanzóse de nuevo con su gente á la montaña, donde fue dejando marcadas las huellas de su paso con excesos y violencias que, ni podian escusar las mismas vejaciones de que habian sido antes víctimas, ni pueden ser aprobadas por ninguno.

(1) Mármol, *Rebelion y castigo de los moriscos*, lib. III, cap. III.



J. SEPRA. LIT.

LIT. VIDAL QUMO, 23.

PROCLAMACION DE D. FERNANDO DE CORDOBA Y VALOR COMO REY DE GRANADA.

## CAPITULO XCVI.

Crueldades que ensangrentaron los primeros momentos de la rebelion.—D. Fernando de Córdoba y Valor es aclamado rey de los moriscos.—  
Destitucion de Aben-Farax.—Insurreccion general de la Alpujarra.—El marqués de Mondéjar emprende la campaña contra los moriscos.

«**CONGOJA** pone verdaderamente pensar, cuanto mas haber de escribir, las abominables maldades con que hicieron este levantamiento los moriscos y monjes de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de Granada.»

De este modo se expresa el erudito historiador Mármol en su excelente obra *Rebelion y castigo de los moriscos*, al dar comienzo á su relato, y positivamente horrorizan las crueldades cometidas durante los primeros momentos de la insurreccion, consentidas y ordenadas por el bravo y feroz Farax-Aben-Farax.

«Si la causa de los moriscos, dice Lafuente, hubiera sido justa, bastarian á hacerla detestable las crueles abominaciones con que la mancharon, sin que por eso disculpemos, ni menos podamos justificar, á los que con medidas imprudentes ó exageradas exasperan á un pueblo, y le conducen á la desesperacion.»

Razon tiene el historiador que nos sirve de guia, pues no hemos podido comprender nunca que la torpe conducta de los unos pueda autorizar las demasias de los otros, ni que el crimen se venga cometiendo nuevos crímenes, y precisamente en la insurreccion de que nos ocupamos, si la causa de los moriscos en el principio se hace simpática, los excesos que la mancharon posteriormente no pueden menos de inspirar horror hácia ella.

Las casas y los templos eran destruidos; profanábanse todos los objetos del culto cristiano; prendiase y se escarnecia á los sacerdotes que podian haber á mano, y, como si esto fuera poco, dábase muerte á los cristianos que caian en su poder de diez años arriba, y apuraban el refinamiento de los tormentos con los sacerdotes y con los seglares de quienes se apoderaban.

«Aquí enterraban, dice un historiador moderno, á un sacerdote vivo hasta el cuello, y se entretenian en asietarle la cabeza. Allí mutilaban á otro, miembro á miembro, y luego entregaban el cuerpo á las mujeres para que le picasen con agujas. Acá quemaban un convento de Agustinos y anegaban á los infelices en aceite hirviendo. Allí eran centenares de prisioneros á quienes, despues de haber atormentado con todo género de instrumentos cortantes y de punta, los llevaban á la hoguera, quemándoles de cuatro en cuatro para que durara mas tiempo el espectáculo y presenciarian los unos los suplicios de los otros. Hombre habia... mas no hombre, si no fiera, que arrancaba el corazon á un cristiano, y le devoraba como hambriento tigre. Eclesiástico hubo á quien despues de muerto llenaron el cuerpo de pólvora y le pusieron fuego por tener el placer de verle estallar como una bomba. El martirio del cura de Caujajar, D. Marcos de Soto, enciende en santa ira al hombre que no tenga del todo borrado el sentimiento de la humanidad. Despues de haberle de mil maneras escarnecido en el púlpito de su misma iglesia, á que le amarraron y sujetaron; despues de haberle arrancado la barba y las cejas; despues de haberle ido mutilando las extremidades, extraíndole los ojos con que los vigilaba y sacándole la lengua con que los reprendia, echaron su corazon á los perros... (1)»

Calculábase que perecieron sobre tres mil españoles en medio de los mas atroces martirios, siendo estos ú ordenados ó consentidos, segun hemos dicho, por Aben-Farax que ejerció el mando supremo de las tahas sublevadas (2).

La víspera de Navidad habia conseguido evadirse de la cárcel, donde por efecto de su no muy arreglada conducta se encontraba, un jóven morisco granadino, llamado D. Fernando de Córdoba y Valor, descendiente de los antiguos califas Beni-Omeyas, y fué á refugiarse á las Alpujarras, acompañado de una morisca su amiga, y de un esclavo negro.

Alojado en Beznar, en la casa de un pariente, donde comieron otros varios moriscos importantes, acordaron, puesto que de sublevacion se trataba, elegir una cabeza que reasumiese el mando, y á la cual hubiesen de someterse todos, y para este efecto invistieron con la dignidad de monarca á D. Fernando, aclamándole por rey de Granada y Andalucía con el nombre de Muley Mehmet Aben-Humeya.

No llevó muy á bien Aben-Farax semejante nombramiento, mas por mediacion de algunos se consiguió aceptase la soberania de don Fernando, quedando él como su alguacil mayor, que era el cargo mas elevado entre los musulmanes.

Terminada esta reconciliacion de nuevo tornó á ser aclamado por monarca D. Fernando, en medio del campo y bajo un olivo, jurando el Rey morir por su religion, y besándole la mano todos los asistentes, segun antigua costumbre de sus ascendientes.

Separóse Aben-Farax de su nuevo-Rey para seguir sus sangrientas y devastadoras correrias, y bien pronto los gritos de tantas victimas, el clamoreo producido por tanta crueldad hubo de llegar á oídos de Aben-Humeya, que comprendió quizás todo lo inconveniente de semejante conducta, y bien fuera porque realmente le

(1) Lafuente, *Hist. de España*.—Mendoza en las *Guerras de Granada* refiere tambien todas esas atrocidades, y Mármol lo hace con mas minuciosidad en el libro IV de la *Rebelion*.

(2) Llamábase *taha* el partido ó reunion de distintos pueblos que se hallaban sujetos á un alcaide ó gobernador militar, siendo doce aquellas con las denominaciones siguientes: Orgiva, Poqueira, Ferrera, Jubiles, Ujijar, Andarax, Luchar, Marchena, Los Cebeles, Adra, Berja y Dalías.

Segun el *Diccionario de voces españolas geográficas*, publicado por la Academia, todavía se conserva en Andalucía el uso de dicha voz geográfica en el mismo sentido.

indignasen aquellas feroces y sangrientas venganzas, ó bien porque tratara de seguir otra política, ordenó por medio de pregones que no se diese muerte ni á las mujeres ni á los niños bajo pretexto alguno, y que respecto á los hombres se les sometiese á un proceso antes de ejecutarles.

Las demasias del Alguacil mayor llegaron hasta el punto de no respetar siquiera á los amigos de su soberano, y entonces este, una vez que hubo llegado al castillo de Laujar, residencia en otro tiempo de Boabdil, en 29 de diciembre de 1568, procurando separar astutamente á Aben-Farax de sus taifas de *monjes*, hizole comparecer á su presencia, intimándole que rindiese cuentas de todas sus depredaciones á Miguel de Rojas, que ejercia el cargo de tesorero.

La justificacion de Aben-Farax era muy difícil, y para castigarle depusole Aben-Humeya del cargo que ejercia, confiriéndosele á su tio Aben-Jaguar el Zaquer.

De nuevo hizose coronar el Monarca morisco con la mayor solemnidad en Laujar, y á continuacion de este acto publicó un edicto en el cual, despues de ordenar el levantamiento general de todos los moriscos del reino, prohibiales el asesinato bajo pena de la vida y perdimiento de bienes; nombró tambien inmediatamente un alcaide de su confianza para cada taha, y antes de partir de Laujar adoptó la política resolucion de casarse con tres mujeres, además de la que de Granada habia llevado consigo, lo cual, á la vez que le proporcionaba el decidido apoyo de las familias de aquellas, todas de gran influencia en el país, influia asimismo en los ánimos de todos sus súbditos, que hallaban en esto una prueba de que seguia siendo fiel á las creencias islamíticas. Verificado todo esto salió de Laujar y se dirigió á correr el valle de Lecrin, que todo se habia rebelado en su favor, rechazando de su seno á las cortas fuerzas españolas que le ocupaban.

Y en tanto que la insurreccion tomaba tal vuelo en Granada, ni muy de prisa, ni muy cuerdamente, se discutian en la Audiencia los medios de reducir á la obediencia á los rebeldes; proponiase por el licenciado Nuñez de Bohorques que se obligase á salir fuera de la ciudad, á distancia de veinte leguas, á los moriscos del Albaicín y de la Vega, resolucion que tenia la ventaja de poner Granada al abrigo de un golpe de mano, impidiendo que pudiesen los rebeldes recibir avisos, armas ni socorro de los de adentro, mas que daba lugar á otras muchas dificultades é inconvenientes, por lo cual fue desechada; optaban otros por que se diese parte al Rey de lo que acontecia para que él mismo providenciase, y tras algunas discusiones este fue el partido que finalmente vino á adoptarse.

El marqués de Mondéjar, por su parte, dispuso que acudieran en su ayuda los nobles señores andaluces con toda la gente de armas de que pudiesen disponer, mientras el presidente de la Audiencia, noticioso de que la rebelion iba ganando terreno tambien hácia la parte de Murcia, daba aviso al marqués de los Velez, don Luis Fajardo, adelantado mayor de aquel reino, para que se pusiera en movimiento por aquella parte.

Sin embargo, nada de esto era suficiente á dominar aquella insurreccion que cada vez se alzaba mas pujante, y que se iba extendiendo por toda la parte de país comprendida entre Granada, Málaga, Murcia y Almería.

Los capitanes españoles Diego de Quesada, García de Villareal, Diego de Gasca y otros varios, veíanse harto apurados para defenderse de sus contrarios; la ciudad de Almería se hallaba amenazada por los infieles; temíase que estos llegaran á ponerse en comunicacion con los del otro lado del Estrecho, y Aben-Humeya se fortificaba en el distrito de Poqueira, que era precisamente donde se encontraba el terreno mas áspero de toda aquella comarca.

En tal situacion hubieran sido necesarios recursos inmediatos, hombres, armas y dinero, á fin de evitar la propagacion de aquel incendio, que, si bien no representaba un gran peligro por el momento, podia producir un conflicto de consideracion, siendo despues mucho mas costoso el extinguirle.

Pero los hombres, las armas y el dinero, necesitábalos el Rey para las guerras que en otros países sostenia, y el marqués de Mondéjar, sacando, como vulgarmente se dice, fuerzas de flaqueza, abandonado á sus propios recursos, no tuvo otro medio que reunir cuantas compañías le fue posible de las ciudades de Loja, Albama, Alcalá la Real, Antequera, Jaen y otros puntos de la Vega, con las cuales llegó á tener poco mas de dos mil hombres.

Todos eran gente buena y bien armada, pero faltábales disciplina, carecian de costumbre para soportar las fatigas de la campaña, y aun cuando de excelente apariencia para un alarde ó revista militar, no era aventurado suponer que en un día de batalla habian de flaquear fácilmente.

Mas como quiera que la situacion no podia prolongarse, ni el Marqués elegir los soldados que mejor le conviniesen para su empresa, confiando el gobierno militar de Granada á su hijo el conde de Tendilla salió á campaña el día 3 de enero de 1569, llevando consigo varios esforzados caballeros, y pernctando en el lugar de Padul para desde allí emprender las operaciones.



FR. CRISTÓBAL DE MOLINA EN EL PUENTE DE TABLATE.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 34 y 36.